

y sola"). Están allí por diferentes motivos: Pablo —intelectual, narrador de la historia— y Ramas, acusados de agitación, de actividades comunistas; el juez Barros, posiblemente por venganzas personales de alguna autoridad, y Juana —prostituta vieja—, por la comodidad de liberarse de su locura en un lugar donde tal vez no hay otro establecimiento que la cárcel. Cada uno de estos personajes es asediado por su fantasma cuando llega la noche. A Pablo lo atormenta la imagen de su mujer viviendo ahora con otro hombre, con el teniente de policía; Ramas sufre la humillación denigrante de haber sido torturado físicamente y el remordimiento doloroso de haber delatado a un camarada, ocasionándole así la muerte; a Juana la asedian imágenes de feroces monstruos que la hacen gritar y ser bestialmente golpeada por los carceleros; y Barros vive lleno de temor. Estos seres conviven, tratan de soportarse, pelean, a ratos se entienden y, en general, tratan de ayudarse. De sus conversaciones, así como la narración quizás en exceso literaria de Pablo, va surgiendo una fuerte denuncia contra los métodos brutales de la policía, contra la hipocresía de las autoridades, contra las arbitrariedades de todo un sistema y, también, contra las bajezas en que son capaces de incurrir los seres humanos.

No podríamos decir que con este libro Nicolás Ferraro se sitúa entre los buenos narradores nuevos. La verdad es que ya lo había hecho con *Terral*.

POLI DÉLANO

JUAN AGUSTÍN PALAZUELOS: MUY TEMPRANO PARA SANTIAGO, novela, Zig-Zag, 1965.

Es ésta la segunda novela de Palazuelos y, sin duda, representa un firme paso adelante en la evolución del autor. Su primera obra, *Según el Orden del Tiempo*, revelaba un estéril deseo de sobresalir en la prosa mediante pueriles demostraciones de "cultura", pero de una cultura no incorporada de por sí al relato —como se observa por ejemplo en Alejo Carpentier— sino introducida a machote, mal encajada y, por lo tanto, dañina para la narración. Parecía, más bien, un despliegue de petulancia que no lograba "epatar". Sin embargo, la novela estaba concebida de una manera original y llamó la atención de la crítica. Alone y otros se entusiasmaron; en cambio los críticos de la prensa de izquierda la incluyeron en la tendencia que acertadamente denominaron "literatura de departamento". Tal vez con esta segunda novela de Palazuelos ocurra lo mismo. Porque la concepción de la vida y del mundo no parecen haber variado más allá de la superficie. Pero es preciso observar que se trata también de una obra más ambiciosa, mejor lograda en todo sentido y más original que la primera.

Palazuelos demuestra oficio de escritor. Es sorprendente notar cómo ha trabajado su material, con qué cuidado ha construido su trama lan-

zando, una después de la otra, breves escenas transcurridas en distintos puntos del pasado, unidas por la presencia del narrador personal y con un punto de partida situado en el "presente" de la novela: el entierro de Isabel, al cual acuden casi todos aquellos que toman parte en la trama; un grupo de jóvenes de clase alta que se han conocido desde la infancia. Un gran desorden aparente: mosaiquillos dispersos por aquí y por allá, pero el conjunto, bien configurado, el cuadro finalmente completo de los hechos y las relaciones humanas que describe. Todo en la novela denota trabajo y conciencia. En resumen, se trata de una novela bien escrita y, en lo fundamental, bien armada.

Pero esto, desde luego, no es todo. Es usual encontrar entre la crónica o la crítica literaria la idea de que no sólo basta tener algo que decir, sino que hay que decirlo bien. La frase puede asimismo invertirse: tampoco es suficiente decir las cosas bien: es preciso *tener* las cosas, tener qué decir. Palazuelos, en este sentido, no ha caminado mucho. Es cierto que su narrador, como señala un crítico, se ha humanizado. Es algo que no puede dejar de considerarse. Comprende más a la gente y es bastante más autocrítico, menos ególatra:

Ojalá fuera posible volverse verdaderamente loco. Hacer por una vez, siquiera, un gesto definitivo; categórico e irreversible (pág. 17).

Reflexiones así demuestran la conciencia que el narrador posee de sus propias limitaciones, de su impotencia frente a un mundo que de algún modo se descubre hostil. Pero lamentablemente la maduración de este narrador no ha alcanzado un grado que le permita mostrar un mundo más vivo y real. Aunque en la presentación de hechos y personajes la novela es ágil y moderna y se mueve en una aparente objetividad, es a través del prisma de aquél que vemos los sucesos y la gente y tal vez sea ésta la razón de que los caracteres resulten opacos, demasiado iguales en un sentido, anodinos, poco interesantes. No hay entre ellos uno sólo capaz de luchar por algo —aunque sea su propio amor—, de defender algo con la misma definición y categoría del gesto aludido de querer volverse loco, de vivir con énfasis y vitalidad.

Palazuelos sigue moviéndose en un mundo de salón, mundo que ha sido y está siendo explorado por varios novelistas jóvenes chilenos; pero hemos encontrado en algunas de estas otras novelas más sentido vital —aunque muestren un mundo en decadencia—, mayor profundidad en el enfoque de las relaciones, los problemas y las contradicciones que existen en cualquier grupo social.

*Muy Temprano para Santiago* es una novela en varios aspectos brillante. Pero no siempre todo lo que brilla es oro.

POLI DÉLANO